LA QUIJOTADA

Taller de creación literaria dirigido por Juan Diego Mejía

Librería Luvina

Escrito por: Germán Mariño

Bogotá, septiembre del 2012

CAPÍTULO UNO

Eduardo odia la literatura. La odia desde cuarto de bachillerato, cuando un rechoncho curita que les dictaba literatura española les hizo pasar meses estudiando gramaticalmente la primera página del *Quijote*: que si el complemento circunstancial, que si el pretérito pluscuamperfecto…

Por ello, se quedaría sin descifrar las escenas del *Quijote* pintadas sobre unas baldosas azules que enmarcaban la zona de ingreso al colegio haciéndole honor a su nombre: El Quijote.

La única vez que perdió una materia fue literatura española. Nunca había aparecido un número rojo en su libreta. Siempre había sido un alumno brillante que se ubicaba entre los mejores del curso, pero al perder una materia quedaba ranqueado como “uno más”, como “uno del montón”. Para colmo de males, la habilitación fue tremendamente tediosa: parte de sus vacaciones las tuvo que emplear en memorizar los nombres de los autores de decenas de libros de literatura. La literatura como gramática y como memorización. Inolvidable paradigma pedagógico.

El rajarse en literatura implicó en términos familiares una “sanción”: no irían el fin de semana al hotel Guadaira, en Melgar; paseo que les brindaba el padre a su hermano gemelo y a él todos los años como premio al buen estudiante. Adiós piscina, adiós desayuno bufet. Lo peor fue que su hermano se negó a ir solo a pesar de no haber perdido ninguna materia. Un gesto de solidaridad que Eduardo no sabía si aplaudir o reprochar, pero que se le retorcía en el estómago. Ciertamente, era su hermano quien más anhelaba la piscina. Eduardo no podía dejar de preguntarse si hubiera hecho lo mismo por su hermano. Esas vacaciones tampoco pudo mirar televisión las tardes que se vio obligado a prepararse para habilitar. Nada de detectives: ni Columbus, el de la gabardina arrugada, ni Bareta, el del pajarraco.

Pero los impases con el curita no paraban ahí. Una vez en la ruta del colegio, la cual cuidaba el curita, los grandes (de último año) que se hacían en las bancas de atrás se quedaron mirando dos perros que al terminar de aparearse se habían quedado pegados. Hicieron tanta alharaca que le fue imposible no husmear lo que pasaba, haciéndose acreedor a una sanción colectiva por su curiosidad: una semana entera sin usar el bus del colegio. Por esa época Eduardo no atinaba a entender qué había pasado y obviamente tampoco se atrevió a preguntar.

La sanción representaba un serio problema para él: debía coger bus particular, cosa que no sabía hacer, y, además, pagarlo de la plata de su mesada. La situación era tan embarazosa que por primera vez dijo una gran mentira en su casa: debía levantarse temprano para ir a entrenar básquet. Sin embargo, todo finalizó mal, pues un compañero del equipo mandó a decir por teléfono con la muchacha del servicio que los entrenamientos eran los sábados por la mañana, enterándose así todo el mundo de su enredada patraña.

Uno del montón, dudas sobre solidaridad compartida, calificativo de mentiroso, vacaciones destrozadas, imposibilidad de descodificar los dibujos de las baldosas del colegio: el curita aquél generó en la vida de Eduardo una “debacle”, un recuerdo, más que ingrato, traumático.

Muchos pensarán que un episodio como el acontecido no tiene por qué llegar a generar odio o fobia, como lo quieran llamar. Cuando mucho, dirán que no pasa de ser un recuerdo harto, una “mamera”.

Pero no. Hay cosas en la vida, ¿quién diablos sabe por qué?, que generan odios. Inconscientes, desproporcionados, tremebundos. Qué tal la fobia a las alturas o a la oscuridad o a los recintos cerrados. O el odio a la sopa de Mafalda o los odios contra la remolacha o el brócoli (esos arbolitos que sólo comen los conejos). O el odio de Hitler contra los judíos, que dejó 5 millones incinerados en los campos de concentración. O el de los palestinos por los judíos o el de los judíos por los palestinos. O el odio contra los homosexuales o contra los perros o los gatos. Sin ir más lejos, la mayoría de los compañeros de bachillerato de Eduardo, también por los buenos oficios de un curita, odian las matemáticas. Recuerdan con angustia el verse obligados a retener las 15 diferentes clases de factorización o a resolver como sucesivas tareas diarias centenares y centenares de ejercicios del álgebra de Baldor, mecánicamente agenciados por un gremio de profesores que pensaban que entre más alumnos rajaran eran mejores maestros. Valiente estupidez.

¿En qué diablos pensaría el curita de literatura? ¿Creería que con tan estoico y espartano método les inculcaría a sus alumnos gusto por la literatura? ¿Acaso deseaba lucir sus habilidades como gramático ante unos muchachos ignorantes? Eduardo, entre chiste y chanza, hasta había llegado a pensar que el curita profesaba secretamente algún culto satánico para el cual la literatura debería ser extirpada de la civilización, cuestión que dejó de parecerle una extravagancia el día que se enteró de que Pinochet había llegado a prohibir la enseñanza de la lógica matemática en Chile. Como si fuera poco, sobre el curita corría el chisme de que le gustaba tocar a sus alumnos. De todos modos, la frasecita inicial del *Quijote*: “En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme” a Eduardo sólo le traía recuerdos tan perturbadores que en verdad “no quería acordarse”.

El *Quijote* fue el primer y único libro de literatura que tuvo en la vida. Se lo había comprado su padre cuando lo pidieron en el colegio. Era un libro gordo, con pasta dura y con un grabado sobre los molinos de viento en la carátula. Su padre le comentó que lo había comprado en una librería que quedaba en el Pasaje Rivas, cerca de su oficina. Se lo entregó un domingo a la hora del almuerzo, único día de la semana en que su trabajo le permitía sentarse a la mesa con la familia.

El regalo de su padre no corrió con buena suerte: el día que se graduó de bachiller, Eduardo, arrancándole página por página, lo quemó en la chimenea de su casa. La chimenea se prendía poco porque no había quedado bien construida; le faltaba tiro, lo que hacía que el humo inundara parcialmente la sala. Sin embargo, su hermano gemelo había descubierto accidentalmente que al no usar leña sino papel el problema se acababa. Lo supo una noche cuando para iniciarla utilizó las hojas de un viejo directorio telefónico y, aunque los troncos nunca terminaron de prender, hizo finalmente una fogata con papel.

Y claro, el *Quijote* era un libro con muchas hojas. Y entre el crujir que se producía al arrancarlas del libro y el chirriar de la incineración, Eduardo obtuvo media hora de enorme goce. Disfrutó segundo a segundo la inmolación de las hojas a través de llamas que dibujaban sombras chinas. Años después recordaría ese fuego como un exorcismo purificador.

CAPÍTULO DOS

Cuando llegó el momento de escoger una carrera, Eduardo no dudó un instante: no quería nada que tuviera que ver con las malditas “letras”.

Ciertamente la carrera a escoger estaba signada por una serie de estereotipos: existían carreras para “machos”, como las ingenierías, y carreras para niñas, como psicología. También se encontraban las carreras de moda: ingeniería de sistemas para los hombres y comunicación social para las mujeres. Carreras como música o derecho, y aún arquitectura, eran muy raras y dependían más bien de la tradición familiar. Y estudiar para educador (además de que le recordaba al curita) sólo era para los “proletos”.

Sacó uno de los mayores puntajes en el ICFES. Le fue muy bien porque en las pruebas existía la posibilidad de escoger algunas materias y lógicamente no seleccionó literatura.

Se presentó a matemáticas puras; es decir, no se prepararía para dictar clases en los colegios, para ser un simple profesor de bachillerato: se formaría como un investigador. A la Universidad Nacional se presentaron ese año cerca de 50.000 bachilleres para 5.000 cupos: ingresaría solamente el 10 por mil. A matemáticas puras se presentaron 200 para 12 cupos. Eduardo pasó ocupando el segundo puesto en los resultados (existía un aspirante mejor que él, lo que nunca dejó de preocuparlo). Como estudiante siempre se imponía los mayores retos, por eso fue monitor de las materias con mayor mortandad académica: topología y álgebra matricial.

Al terminar la carrera, por ser el mejor alumno de su promoción, se fue becado a los EE.UU., donde sacó su PhD en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts). Aceptó la beca aunque realmente su familia bien hubiera podido pagar sus estudios en el extranjero, pues tenía plata y además el dólar valía 1,50 pesos. El MIT era por esas épocas el templo sagrado de la alta tecnología. De ahí que la elitista Universidad de los Andes, relativamente recién fundada en Bogotá, enviara a sus alumnos de ingeniería a culminar allá su carrera.

Su tesis fue en matemáticas aplicadas a los computadores, concretamente sobre el diseño de programas para jugar ajedrez. Consistía en analizar pormenorizadamente centenares de partidas de los grandes maestros para extractar de ellas las diversas estrategias utilizadas. No era el súper programa capaz de doblegar a los genios, pero podía llegar a ganarle a 50 ó 60 experimentados contrincantes jugando con ellos simultáneamente. De todos modos era un aporte significativo en el área, porque permitía que los jugadores se tomaran su tiempo en responder, modificando la regla de los computadores existentes donde las respuestas deberían generarse contra reloj. En lo que sí abundaba su programa era en la evasión de los engaños, cuestión que enloquecía a los computadores. En el engaño se sacrificaban fichas de una manera aparentemente loca. Un computador no entendía tal comportamiento, pues no estaba incorporado en su memoria y se “desvirolaba”. Su programa, en cambio, lograba “entender” el truco y manejar la situación: era capaz de “manipular la locura”. Por tales peculiaridades su tesis fue Cum Laude, es decir, laureada, honor que ningún colombiano había logrado en el MIT hasta el momento.

Para cuando Eduardo hizo su tesis, la historia de los programas de ajedrez tenía ya sus años. A finales de 1960, tras perder su título mundial, Botvinnik decide retirarse y consagrar su vida a supervisar el programa de computador Kaissa, que gana los primeros campeonatos del mundo entre máquinas en 1974 (Estocolmo). En 1988, en el torneo abierto de los EE.UU., el maestro danés Bent Larsen es derrotado por Deep Thought, el primer ordenador de la IBM que juega ajedrez. Kasparov cae en 1997 ante Deeper Blue, el nuevo monstruo de la misma compañía.

Los programas de computador inicialmente estudian a altísimas velocidades las posibles respuestas al movimiento de una ficha del “enemigo” (análisis), para proceder a realizar la evaluación, la cual tiene en cuenta el valor de la pieza (el peón vale menos que el caballo, por ejemplo). Finalmente, el programa toma la decisión moviendo la ficha con la lógica del Minimax (mínimo de esfuerzo con máximos resultados). Un programa como el Grandmaster Book contiene 25 millones de movimientos incluidos básicamente en los finales de las partidas, desde donde, devolviéndose, el computador obtiene el mapa de la posible jugada. Entre más finales contenga su memoria, más potente será su respuesta.

Su programa no era muy fuerte porque el denominado “horizonte” era muy reducido; horizonte se denomina a los finales de la partida. Los computadores pesados poseían miles de ellos, pero eso implicaba un trabajo de centenares de personas durante varios años. Todo se trata de algoritmos definidos en un plano cartesiano. El “mate Pastor”, famoso por derrotar al contrincante en 4 jugadas (el mínimo posible), inventado, como lo dice su nombre, por un pastor (no de ovejas sino de hombres), comienza con el saque del peón del rey que se ubica en la casilla 4 y se registra como P4R. A continuación se moverá la reina a la casilla 2 del alfil del rey (lo que se escribe R2AR) y así sucesivamente.

El mate Pastor es, entonces, una de las tantas estrategias existentes en el ajedrez. Y cada maestro posee una impronta constituida por una gran estrategia que se desglosa lentamente durante la partida según las circunstancias dadas. Un maestro, por ejemplo, protege su rey con un enroque prematuro. Otro hace avanzar su reina con profundidad inusitada. Otro convierte sus alfiles en armas mortales.

Tardó casi dos años haciendo el programa de ajedrez. Fue extenuante, pero logró adquirir la paciencia y disciplina para sistematizar el conocimiento de los otros, cuestión que a la larga sería trascendental en su vida. Él no tenía que ser un genio en ajedrez, bastaba con descifrar a los campeones.

A su mejor, y prácticamente único amigo, lo conoció cuando hizo sus estudios en EE.UU. Fueron compañeros en el doctorado. Es un ingeniero que se especializa en construcción de túneles a punta de utilizar de manera controlada la dinamita. Comparte con él el gusto por los videojuegos, los cómics y los programas de monitos animados donde algún superhéroe se enfrenta a las fuerzas oscuras del mal. Eduardo “mama gallo” modificando el texto central del programa que más le gusta, Pinky y Cerebro, haciendo que a la pregunta de Pinky: “¿Cerebro, qué vamos a hacer esta noche?”, Cerebro le conteste: “lo mismo que hacemos todas las noches: tratar de destruir el mundo” (no conquistar, como reza el estribillo original). Es un solitario igual que él y, aunque no odia la literatura, posee frente a ella una actitud aún más demoledora: le es completamente indiferente.

Eduardo regresó a Colombia y se enganchó en una internacional petrolera con un sueldo tan rimbombante que en ningún mes alcanzaba a gastar siquiera la cuarta parte. Su trabajo consistía en diseñar programas de computación que simularan los impactos de las explosiones necesarias para realizar las perforaciones. En “plata blanca”, no hacía ni más ni menos que predecir matemáticamente el resultado de la detonación de una pequeña bomba. Eduardo se convirtió, sin pretenderlo, en terrorista ecológico. Para él era como un juego de ajedrez, pero sus cálculos en el papel terminaban demoliendo ríos subterráneos y cimientos de enormes montañas.

CAPÍTULO TRES

Le encanta leer. Tiene libros de todo, obviamente menos de literatura. Su referente es Leonardo da Vinci, que incursionó en temas tan diversos como el cuerpo humano, la construcción del helicóptero y la pintura. Eduardo se vanagloria de ser como los hombres del renacimiento, que todo lo aprendían solos. Y si bien es cierto que le enseñaron matemáticas y computación, todo lo demás le tocó aprenderlo de forma autodidacta.

Arregló su biblioteca de manera similar a la de su multifacético y admirado profesor Carlo Federici, un matemático italiano que se había venido huyendo del fascismo y ordenaba sus libros según áreas del conocimiento. El estante No. 1 estaba dedicado a la historia de la ciencia y la tecnología, donde se encontraban libros como *Historia Social de la ciencia*, de John D. Bernal. El estante No. 2 contenía los libros de física, donde sobresalían obras de Einstein como *La física, aventura del pensamiento* y *La teoría de la relatividad*. El No. 3 era de química, el No. 4, de biología y así para todas las ciencias naturales. Y, claro está, más de una docena de estantes dedicados a matemáticas y computación.

Pero también se preocupaba por las ciencias sociales, por las cuales, en algunos tópicos, llegó a apasionarse tanto o más como por las matemáticas. Le encantaba la antropología, de la cual aprendió su método etnográfico que le permitía saber mucho de los demás a partir de la observación y la pregunta. No dejaba de aludir a los etólogos, que compartían la vida con los animales en la selva para lograr conocerlos. Leyó sobre economía, pero menospreciaba el marxismo porque, como decía una canción de Les Luthiers, Marx se había dedicado a escribir un libro sobre el capital, en lugar de amasarlo. De la sociología estudió fundamentalmente a Bourdieu, pues le interesaba comprender las representaciones sociales, esas creencias inconscientes que son compartidas por muchísimas personas, incluso de diversos sectores sociales, y que en últimas hasta definen los que se aprueba o reprueba socialmente, por ejemplo qué significa “literatura”. Y para cada una de las disciplinas poseía uno y a veces hasta dos estantes.

También tenía un espacio dedicado a las enciclopedias. Allí reposaban la *Enciclopedia Británica*, que estaba en su casa paterna, los *Clásicos Jackson*, *El Tesoro de la Juventud* y decenas más, algunas en papel y otras en CD.

El espacio más destacado estaba reservado al psicoanálisis y al arte moderno (particularmente a los pintores malditos). Un afiche donde se anuncia una película sobre los amores de Freud y la reproducción de un autorretrato de Van Gogh en Arlés eran los únicos “adornos” que existían en su biblioteca. De Freud admiraba el descubrimiento del subconsciente y cómo muchas de nuestras actuaciones se encuentran determinadas por experiencias traumáticas pasadas. De Van Gogh le impactaba el valor de haberse quitado una oreja y, obviamente, la angustia expresada en sus pinturas.

Eduardo, además de ser un lector insaciable, toca la trompeta. Aprendió a tocarla de manera autodidacta y, sólo cuando consideró que ya era un músico relativamente cualificado, tomó unos cursos particulares. Su maestro fue el director de la orquesta del colegio de Choachí, un pueblito donde tenía su finca. Su ídolo es Arturo Sandoval. Hasta suscribió una carta para que dejaran salir de Cuba a su esposa. Posee un excelente equipo de sonido y centenares de discos de acetato que cuida como una reliquia.

En una ocasión un familiar le regaló *Cien años de soledad* y rápidamente se deshizo de él volviéndolo a regalar. Hace chistes diciendo que sólo estuvo en su casa durante cien minutos.

No sabe con certeza cuántos libros tiene, pero fácilmente podrían llegar a 7.000. No los clasifica según el sistema Dewey: ideó un programa de computadora que le ubica la información según variables como área del conocimiento, idioma (Eduardo, además del inglés, aprendió alemán sólo), fecha, editorial y media docena de aspectos más.

Vive obsesionado por los programas de computador y todas las actividades de su vida se encuentran reguladas por ellos: diseñó uno que le avisa automáticamente las fechas de pago de los servicios (agua, luz… hasta impuestos) y le escribe un correo cuando debe pagar los seguros (carro, casa, salud…); y otro que le da las direcciones y teléfonos de lugares y personas conocidas en los últimos 10 años, además de los días de cumpleaños de su familia.

Vive en el centro de la ciudad en un edificio declarado patrimonio arquitectónico, digno representante del Art Déco. Su apartamento queda en el tercer piso y tiene un área de 350 metros cuadrados. Duró dos años remodelándolo e invirtió en él varios millones de pesos. Lo convirtió en un *loft* (un solo espacio) que tiene sus extensas paredes literalmente forradas de libros.

El problema es que en el edificio existe, desde siempre, una bendita librería. Y además gigantesca. Quizá una de las más grandes de Bogotá. Su diseño arquitectónico la hace ver apoteósica, puesto que el primer y segundo piso conforman un único y enorme salón lleno de anaqueles y escaleras. Como si fuera poco, posee también un sótano, obviamente repleto de libros. Y, claro está, es una librería donde sólo venden libros de literatura. Compró el apartamento con la esperanza de que semejante adefesio se extinguiera rápidamente, porque se encontraba a punto de quebrar. Sin embargo, han pasado ya 10 años y quién sabe cómo pero todavía permanece allí. Estorbándole. El dueño de la malparida librería es un alemán que llegó al país por la segunda guerra mundial, lo que a Eduardo no deja de generarle suspicacias.

Cada rato andan dictando cursos para escribir poesía y novelas. Los llaman talleres de “escrituras creativas”. A ellos asiste cualquier cantidad de bichos raros. Los “niños bien” (y también los cuarentones) invaden la calle con sus carros y nunca falta el atarbán que se estaciona al frente de la puerta de su garaje. Muchos andan con unas pintas extrañas, que más que intelectuales parecen vendedores de droga o atracadores. Lo peor es cuando celebran la culminación de sus talleres, siempre hacen una celebración en la que, aunque no incluye rumba, toman como “agua puchas” y hablan y se ríen tan duro que es trasnochada segura. Alguna vez hasta llamó a la policía, pero le dijeron que no podían hacer nada porque disque era una reunión privada.

Como si fuera poco, les da por hacer lanzamientos de novelas y recitales de poesía. Como el local es tan grande, los poetas decidieron clamar sus odas con micrófono, lo que hace que tan desoladores aullidos se trepen por las columnas del edificio hasta la cama de Eduardo. En varias ocasiones ha sido tal su desespero que resuelve poner la radio a todo volumen para tratar de sabotearlos. El mejor intento fue cuando estaban trasmitiendo un partido de fútbol. Esa vez tuvieron que posponer el recital.

CAPÍTULO CUATRO

La primera concreción de su odio a la literatura se plasmó en el desprecio hacia los profesores de literatura, seguramente originado por sus malos recuerdos. Tenía la tesis de que los que estudiaban para profesores lo hacían porque sus resultados en las pruebas del ICFES no les daban para más: eran aquellos con un coeficiente intelectual muy bajo. Y, obviamente, los que además estudiaban para ser profesores de literatura, pues ni qué hablar. Para peor de cosas, algunos de los profesores de literatura que conocía no dejaban de tener un cierto parecido con el curita español.

Eduardo es un hombre huraño al que le cuesta relacionarse mucho con los demás, pero particularmente con las mujeres. Un día, sin embargo, tuvo un pequeño accidente automovilístico y conoció a Marta, con la que compartió decenas de vueltas burocráticas para poder cobrar el seguro del carro.

Marta es alegre y descomplicada. Es 15 años menor que él, pero tampoco es una muchachita. Tuvo tiempo de hacer una maestría. Tiene unos ojos grandes y negros que le fascinan a Eduardo. Vive en un pequeño apartamento con una prima y en su Renault 4 ha turisteado por decenas de ciudades de Colombia. Y, aunque ha tenido un par de noviazgos largos, no ha consolidado ninguna relación. Es una mujer progresista: defiende el aborto y no va a misa, como lo hacen la mayoría de las mujeres que Eduardo conoce.

Como Marta apenas estaba adentrándose en los computadores y acababa de comprar uno, encontraron mucho de qué hablar. Eduardo le fue enseñando lentamente a manejarlo y pasaron horas enteras en el entrenamiento, lo que indudablemente contribuyó a acercarlos afectivamente.

Como resultado de tal periplo, comenzó a perfilarse una relación cada vez más fuerte. No alcanzaron a tener relaciones sexuales, no porque no hubiese transcurrido “el lapso prudencial”, sino porque Eduardo no se animaba. Incluso un par de veces le tocó parar a Marta porque estaba muy “acelerada”:

-Démonos más tiempo -decía-, más tiempo.

Con ella iba a cine al Embajador y al Olimpia; también tomaban onces en el salón de té Yanuba y chocolate con queso y almojábana en La Florida.

Desgraciadamente, por cuenta del destino, Marta es profesora de literatura y pronto sucedió lo inevitable: se atravesó una conversación sobre “el temita”. Inicialmente Eduardo fue muy prudente, por lo cual cambiaba la conversación. No quería dejar pasar la posibilidad de tener la novia que siempre había soñado. Además, se quitaría del oído el sirirí de su mamá, que siempre que lo llamaba por teléfono le preguntaba si ya había conseguido novia. Y entonces, en lugar de literatura, hablaba del clima o de las noticias del periódico. Pero la literatura es la vida de Marta y se tornó imposible evadir el tema.

Eduardo la oyó con paciencia y encontró que es una apasionada de la literatura femenina. Se ha empacado todo lo escrito por mujeres en América Latina. Su trabajo de maestría fue sobre Marcela Serrano. Ciertamente, Marta no se siente con alientos para escribir novelas, pero las devora. Su tesis versó sobre *El alberge de las mujeres tristes* y *Para que no me olvides*. Historias de mujeres contadas por mujeres. La autora ganó el premio Sor Juana Inés de la Cruz, de la editorial Planeta; premio que, con ese nombre, no puede ser sino una distinción para obras de mujeres.

Marta le contó pormenorizadamente historias donde los hombres salen mal parados. Le dijo que Marcela Serrano no tiene una mirada feminista sino femenina y que, según la autora, ya pasó le época en que lo único que hacían las mujeres era “dar a luz y cerrar los ojos de los muertos”. Plantea que existen muchas mujeres solas porque los hombres se casan con las jovencitas, reivindica el orgasmo, habla sobre las putas y sobre la masturbación. Pero lo que más enfatiza es cómo el amor es muy diferente a la costumbre y no puede darse sino en libertad.

Haciendo un esfuerzo sobre humano, Eduardo atisbó a comprender que en la literatura escrita por mujeres aflora un aspecto que él no había relievado suficientemente: los sentimientos, el mundo de lo emotivo. Pero para Eduardo la dimensión emocional expresa la faceta irracional del ser humano. La ciencia es de por sí una lucha contra la irracionalidad. Y la ciencia ha sido la encargada de llevar el hombre a la luna. Esa es la contundente enseñanza de la modernidad.

Las cosas no funcionaban muy bien pero continuaban viéndose con periodicidad. Una noche, sin embargo, en un pequeño restaurante ubicado muy cerca de su casa, El Refugio Alpino, después de un bistec a las finas hierbas y un par de copas de vino Malbec, a Marta se le ocurrió revelar su más íntimo secreto: escribía poesía. Había realizado un pequeño libro de 20 páginas con una carátula rosadita. Sacó tan solo 30 ejemplares, sin ninguna pretensión de venderlos. Simplemente se los obsequiaba a sus amigos. ¡Y hasta ahí fue Troya! La poesía, para Eduardo, es un himno a la cursilería, plagada de metáforas rebuscadas y empalagosos barroquismos, por lo demás trabajada básicamente por borrachos (que terminaban muriendo de cirrosis), bareteros y locos suicidas. Por ahí había oído de un tal Gómez Jattin, un poeta costeño que era el clásico exponente de tan preciado currículo: no sólo metió toda la droga que encontró sino que también se metió (y salió) varias veces al manicomio, hasta que un día finalmente se suicidó. La poesía es un culto a la sensiblería. Y con los sensibleros no hay de qué hablar.

Ese día dejó botado el librito que Marta le llevó de regalo y, absolutamente conmocionado, se fue sin pagar la cuenta. No lo hizo a propósito, simplemente estaba descontrolado.

CAPÍTULO CINCO

Disuelta su embrionaria relación con Marta, sin saber bien por qué, trasladó su enorme fastidio por la literatura hacia los escritores de literatura. Finalmente los profesores sólo enseñaban lo que producían los escritores. Eran tan sólo unos intermediarios. Si se trataba de buscar culpables de la alienación en que unos enfermos querían sumir a la juventud, había que buscar río arriba. En tan repentino cambio Marta influyó más de lo que Eduardo estaba dispuesto a aceptar.

Los escritores de literatura fabrican todo el tiempo mundos ficticios, inventados. Llegan, incluso, a sostener que la mejor literatura es la que sólo tiene en la realidad un referente lejano. Son los profetas de la ilusión. En lugar de plantearse la transformación del mundo real, se engolosinan eludiéndolo, construyendo castillos en el aire. Dicen que Borges en sus últimos años fantaseaba con el mundo mítico de Grecia, que obviamente sólo comprendía media docena de eruditos en el mundo. Huevonadas de aristócrata decadente que hicieron pasar por asombrosa literatura. Y de ñapa, algunos sectores de la sociedad, para alabarlos, hasta se inventan premios y más premios literarios. ¿Cómo así que existe un nobel de literatura? Si Alfred Nobel era un científico que inventó la dinamita con la que se abren los caminos del progreso.

No pasó mucho tiempo para que Eduardo se diera cuenta de que acabar con los escritores de literatura se podría constituir en un aporte espectacular para el desarrollo de la humanidad. Más aún, habría que priorizar en los escritores jóvenes. Los viejos, como los clásicos de otras épocas, van pasando lentamente de moda. Cada vez son más olvidados por el gran público.

Una mañana leyó en el periódico un anuncio sobre un encuentro latinoamericano de escritores. Se llevaría a cabo dentro de un mes en Villa de Leyva, en el hotel El Duruelo. Cualquier persona podía asistir como espectador simplemente pagando una inscripción.

En ese mismo periódico se encontró la noticia del asesino de Oslo. Anders Breivik, de 32 años, detonó primero un coche bomba y después “dio de baja” a 69 ilusos en la isla de Utoya, lugar donde, además, se organizan los partidos políticos para hacer proselitismo: un muchacho ejemplar que decidió coger un rifle e irrumpir en una convención de socialdemócratas que ponía en peligro las grandes conquistas de la civilización occidental.

Eduardo no está de acuerdo con que lo llamen despectivamente psicópata o esquizofrénico paranoide, pues lo que realizó fue realmente una depuración social, un acto de autodefensa. Dentro de un tiempo, seguramente, la historia lo reconocerá como un libertador. El mundo está perdiendo sus anhelos de desarrollo científico y unos pocos desean quedarse anclados al renacimiento, negándose a ingresar al siglo XXI. “Lo que no sirve que no estorbe” es el lema de Eduardo. Por algo Richard Millet, para muchos uno de los mejores escritores vivos de Francia, en un ensayo llamado “Lengua fantasma” plantea que Noruega se merecía la masacre, pues las víctimas “eran los futuros colaboradores del nihilismo multicultural” y del mestizaje como ideología. Breivik, dice Millet, se encuentra muy lejos de ser un ángel exterminador o una bestia de la Apocalipsis: lo que realiza es un “acto político”.

Asoció Villa de Leyva con el placer infinito que experimentó con la quema del *Quijote* y entonces se le ocurrió provocar un incendio. Las llamas se encargarían de agenciar el pirómano espectáculo. En lugar de un *Llano en llamas*, novela que Eduardo había visto exhibida en la ventana de su incómoda librería, sería “Novelistas en llamas”. Pero no, en un recinto de un sólo piso es muy fácil escapar.

Siempre recuerda los monitos animados y los comics donde los que salvan al mundo son héroes y tiene claro que muchas veces para salvar hay que destruir, como hizo Bush con Irak, que tenía armas de destrucción masiva: guerra preventiva. Hay que acabar con los escritores antes de que hagan más daño, se decía mentalmente Eduardo.

Ciertamente, Eduardo no dejaba de tener miedo sobre las ideas que llegaban a su cabeza. A veces soltaba una tremenda carcajada y gritaba que estaba delirando; que alguien se había metido dentro de su cerebro y pensaba por él. Pero hacía uso de sus rudimentarios conocimientos de psicoanálisis para tranquilizarse: todos tenemos un inconsciente que dice muchas de las cosas que quisiéramos hacer pero que nuestro súper ego no nos permite plantearnos abiertamente. Y así se calmaba. Lo de Villa de Leyva sería divertido y podría sacarse la espinita que le metió el *Quijote*. Además, no le daría complejo de culpa porque no es un hombre religioso; para él el cristianismo es pura superchería.

 Se acordó, entonces, de Jaime, su amigo, el geólogo experto en el manejo de la dinamita, e inmediatamente lo llamó por teléfono.

- Quiero que me haga un favor.

-¿De qué se trata? -le respondió Jaime-. No será de plata, porque según entiendo ese no es un problema para usted.

-Necesito comprar unos tacos de dinamita.

-¿Dinamita? ¿Y para qué carajo quiere dinamita?

-Quiero romper unas piedras enormes para hacer en la finca otra de mis esculturas.

-¡No me crea tan pendejo! No le voy a creer ese cuento -le respondió Jaime.

-¿Y por qué no me cree?

-Lo conozco. Y si se trata de dinamita, seguro que lo que quiere es destruir algunos de sus fantasmas.

-¿Fantasmas?

-Sí. Esos que le dan vuelta en la cabeza.

-¿Como cuáles?

-Como todos sus odios. Recuerde que en gringolandia casi terminamos en la cárcel. Nos salvamos por un pelo.

-¿Cree que estoy loco?

-Un poquito, un poquito.

-Entonces, ¿qué?: ¿me ayuda con lo de la dinamita?

-Pues claro, hombre, usted sabe que conmigo puede contar pa’ lo que sea. La única condición es que no me vaya a meter en líos. Para empezar, los dos nunca hablamos del tema.

Una semana más tarde Eduardo le pidió indicaciones sobre la cantidad de dinamita que requeriría, dónde comprarla, etc. Todas esas vueltas le generaban una sensación ambigua pero placentera: una mezcla de angustia con emoción, eliminando de su vida esa sensación de inacabable aburrimiento. Jaime le dijo que antes de soltarle los “juguetes” él le daría una lección supervisada. Y una tarde salieron para una zona deshabitada donde Eduardo aprendió a manejar la dinamita: que el largo de la mecha, que el número de tacos, que la prendida, que las precauciones.

Nuevamente oyó unas voces como de ultratumba, pero esta vez el curita de literatura se le apareció en el espejo del baño. Eduardo destruyó la alucinación con un violento puñetazo a la imagen, lo que lo puso a sangrar, pues algunos vidrios se le enterraron en los dedos. Sin embargo, el dueño de la droguería de la esquina le hizo una pequeña curación y la cortada no pasó a mayores.

Y se fue para Villa de Leyva. Fue todo muy fácil: durante el viaje no le revisaron el baúl en ningún retén, tampoco le abrieron las maletas en el hotel. Nadie sospechaba nada. Pan comido.

 Comenzó entonces a ubicar el lugar más adecuado para colocar la bomba. ¿Sería el comedor? Este era una sala alargada con cerca de 30 mesas cubiertas por manteles blancos. Se encontraba surcada por enormes ventanales, menos por uno de los lados donde aparecían las puertas de entrada y de la cocina y un mostrador antiguo donde reposaba la máquina registradora. En el centro del salón se veía una mesa redonda con un florero gigante repleto de girasoles, como uno de los cuadros de Van Gogh. Perfecto para ubicar los explosivos. La onda cobijaría circularmente todo el espacio, volando en mil pedazos cualquier cosa que se le atravesara. Sería semejante al atentado que le hicieron los narcos al general Maza, director del DAS, en la calle 57: se podrían contemplar pedacitos de carne ensangrentada a 4 cuadras de distancia.

Pero había un problema: no todos comen al mismo tiempo. Según sus cálculos, en ningún momento entre las 6 y las 8 de la mañana se encontraría desayunado más del 20% de los asistentes: lo van haciendo por “tandas”, difíciles de predecir.

Tampoco podría ser en las habitaciones, porque se encontraban muy dispersas y la onda no alcanzaba a irradiarse a largas distancias. Definitivamente sería el salón de las conferencias. Allí se reunirían todos los asistentes a escuchar a los gurús.

A la espera del momento indicado para hacer explotar la bomba tuvo la oportunidad de conversar con algunos de los asistentes: fuera de las estrellas invitadas, todos eran escritores jóvenes que tenían en común un sino trágico: estar en la “olla”. Se encontraban tan decididos a ser escritores, que muchos habían empeñado sus computadoras para poder asistir a tan magno evento. Eran unos fracasados, ninguno había hecho plata. Y, como si fuera poco, probablemente una buena parte eran maricas con sida.

De golpe, entre los asistentes al evento le pareció ver una figura conocida. Se encontraba entre los anturios y las buganvilias de uno de los enormes patios coloniales del hotel. Se acercó disimuladamente para observar: era Marta. Marta, su amiga. No la saludó porque iba con un noviecito que no desperdiciaba oportunidad de acariciarle el pelo. Algún pendejo aspirante a escritor. ¿La mataría también a ella? Ganas no le faltaban. Total, se trataba simplemente de una “pinche” poetisa.

Pero lo que más le molestó fue que, precisamente por falta de plata, el número de asistentes terminó siendo muy bajo. Esperaban un centenar y no llegó ni la cuarta parte. Una eventual explosión no tendría las repercusiones esperadas. Y lo peor era que le podía “salir el tiro por la culata”, pues los escritorzuelos ajusticiados por la explosión fácilmente podrían convertirse en mártires, con el paradójico resultado de que, en lugar de destruirlos, los ensalzaría, haciéndolos saltar a la gloria. No podía olvidar lo que se decía de un tal Andrés Caicedo, de Cali, el cual, al suicidarse joven, se convirtió en estrella.

CAPÍTULO SEIS

¿Cómo lograr una acción de alto impacto que incluso trascendiera el ámbito nacional? Se encerró en su apartamento por varios días a diseñar un plan que lograra tener un efecto continental y de largo plazo. Se repetía a sí mismo que lo que había estudiado tenía que ponerlo al servicio de la causa. Sin saberlo, se comportó como dicen que lo hizo Aureliano Buendía después de comprarle al gitano Melquíades los astrolabios y los mapas estelares: no comió ni durmió hasta resolver el problema. Aureliano redescubrió que la tierra era redonda y Eduardo, que la mejor manera de acabar con los escritores de literatura era crear un programa de computador que a partir de fórmulas matemáticas produjera novelas y enviarlas a concursos literarios. Con ello se demostraría la superioridad de la racionalidad científica y además, con un poco de ingenio, las temáticas de las novelas podían ir sembrando la idea del fin de la novela. Pondría en práctica el principio del Minimax, tan importante en sus estudios de doctorado: mínimo de esfuerzo, máximo de resultados.

Su programa incluía una definición previa de temáticas y personajes, igual que los tipos de conflicto. Se basaba en el estudio analítico de un centenar de novelas de gran éxito. Era un método similar al usado para hacer programas de ajedrez, tal como lo había investigado en su tesis.

Pero él no leyó novelas porque las detestaba. Lo que leyó fueron los escritos de los críticos literarios. Y estudiando a los analistas descubrió que la escritura de las novelas tenía mucho que ver con la escritura de los guiones de cine. Y estudió, entonces, dos clásicos: Syd Field y Robert Mckee.

Se encontró con que existían tres tipos de estructura: la clásica, la minimalista y la anti estructura. En la clásica el manejo del tiempo es lineal, sólo interviene un protagonista y tiene un final cerrado. La minimalista maneja el tiempo más flexiblemente, intervienen varios protagonista y el final es abierto. La anti estructura rompe con las anteriores, incorporando la casualidad en lugar de la causalidad, por ejemplo.

También planteaban que para diseñar un guión hay que inventar unos acontecimientos, ubicarlos en una escena y secuenciarlos, colocándolos primero en tarjetas dispersas que al final se van ordenando y desechando según unos puntajes previamente establecidos: otro programa como para una partida de ajedrez.

Recordaba que para su tesis de doctorado había estudiado juiciosamente el trabajo de Propp, un genio ruso que se había tomado el trabajo de descifrar la estructura de los “cuentos de hadas”, reduciéndolas a 31 funciones. Con la combinación indistinta de ellas, Propp lograba generar cualquier cuento de hadas existente y obviamente “inventar” cuantos quisiera.

La estructura de un cuento como *Blanca Nieves* estaba construida por las siguientes funciones:

Prólogo: Alejamiento-Interrogación-Información.

Nudo y desarrollo: Fechoría-Partida del héroe (víctima)-Recepción del objeto mágico.

Desenlace: Reparación-Boda-Castigo.

Como se puede observar, en el centro del cuento existe una fechoría y un socorro. De otra parte, siempre culmina con un desenlace rosa: boda (entre los buenos) y castigo al agresor.

También determina los 7 tipos de personajes que aparecen en los cuentos de hadas: villano (agresor), princesa, héroe… Es decir, visualiza, como si tomara una radiografía, la estructura de una narración que permanece hasta nuestros días transmutándose en las telenovelas, los *reality shows* y hasta las óperas.

Ciertamente, tanto los teóricos del guión, como Propp, le daban pistas únicamente sobre la gramática, sobre el andamiaje. Los contenidos eran seleccionados desde un programa de computador que mezclaba las temáticas de las últimas novelas ganadoras con los titulares de las páginas rojas y judiciales de los periódicos, lo que en últimas no era más que un fusión de drama, comedia y aventura.

Para elaborar los contenidos se inspiró también en un programa para periodistas denominado *Narrative Science*, que a decir de Hammond, es tan bueno que pronto comenzará a ganar premios Pulitzer. Es como un robot, guiado por un grupo de metaperiodistas, que genera a partir del análisis de centenares de artículos unas reglas de escritura que se plasman en formatos para cada temática (deportes, turismo…) y para cada subtipo de lector. De allí le surgió a Eduardo la idea de que su computador armara para los concursos no una sino varias novelas, dirigidas a diferentes poblaciones: jóvenes, críticos literarios, mujeres, escritores… Por eso Eduardo siempre envía entre 6 y 8 novelas, de forma que aumenta significativamente las posibilidades de ganar.

CAPITULO SIETE

No podía estar más feliz cuando recibió la noticia de que su primera novela mecánica había ganado el premio Alfaguara. Lo primero que se le ocurrió fue revelar al público su fechoría. Seguramente provocaría muy diversas reacciones: para unos grupos, estupor y perplejidad; para otros, rabia; y para la mayoría, incredulidad. Pero, pondría en evidencia la pendejada de la literatura ¿y qué?

Como no vio muy claro el impacto de su accionar, resolvió seguir escribiendo novelas a punta de algoritmos previamente determinados. Y obtuvo su segundo premio: en esta ocasión fue el Planeta. Ganó premios con los nombres de toda la realeza española: la Reina Sofía, el Príncipe de Asturias, la Infanta Margarita… hasta los nadaístas le dieron el premio Kid Pambelé.

A los cinco años sus novelas, obviamente firmadas con seudónimos, prácticamente copaban todos los premios del “mercado” de Iberoamérica. Pero estaba muy preocupado porque cada vez le era más difícil conservar el anonimato. No era conveniente que el mundo conociera su secreto.

Se acordó entonces de que los fundamentalistas islámicos le habían puesto precio a la cabeza de Salman Rushdie por infiel, después de haber publicado *Los versos satánicos*, un libro que fue considerado una blasfemia contra el Islam, el profeta y el Corán. La primera oferta del ayatolá Jomeini fue de tres millones de dólares. Más tarde, otro grupo la subió en un millón más y actualmente está en seis millones y medio. Y a pesar de que tenía cuatro guardaespaldas debía permanecer escondido. Cambiaba cada mes o mes y medio de lugar de residencia y por mucho tiempo no pudo recibir visitas ni llamadas de sus familiares y amigos.

Al recordar esto se le ocurrió cómo podría arreglárselas para lograr permanecer en el anonimato. La estrategia que más le llamó la atención fue la utilizada por Pablo Escobar, el capo del narcotráfico, que había pagado por matar policías. Daba un millón de pesos por cada policía asesinado, lo cual se podía demostrar de múltiples formas: mostrando la placa, el carnet, las esposas, la pistola… Era una buena idea, pero si pagaba por matar escritores, nuevamente se corría el riesgo de convertirlos en mártires.

Entonces se acordó de Van Gogh: daría ese dinero por una oreja. A través de avisos por internet difundió que pagaría cincuenta mil dólares por la oreja de cada novelista que obtuviera un premio en lengua castellana. Hacer circular el mensaje con la recompensa sin ser descubierto no era cosa del otro mundo para un diseñador de programas de computador.

Y comenzaron a quitar orejas. Eduardo se enteraba por la prensa y por los correos electrónicos donde los “corta orejas” le pedían información sobre dónde entregar los trofeos. Logró que alguien (nunca supo quién) le cortara una oreja a Vargas Llosa al salir de una conferencia donde disertó sobre lo divino y lo humano en una universidad de Lima. Que había sido Sendero Luminoso, decían algunos; que eso le pasaba por meterse en política, decían otros. Sin embargo, la idea que terminó por imponerse fue la de la recompensa. Algo similar sucedió con Carlos Fuentes.

El problema se produjo porque no era posible conocer la autenticidad de las orejas. Teóricamente podrían enviar la de cualquiera. Para asegurarse de que no le “metieran gato por liebre”, Eduardo adicionó a las pautas de recompensa la inclusión del dedo índice: allí vendría la huella digital. Más aún: si un escritor había ganado más de un premio se aceptaban las dos orejas, como en las corridas de toros.

Donde más efecto tuvo su ofrecimiento fue en Colombia (¿el país más violento de América Latina?). Le quitaron dos orejas y el dedo índice a Faciolince argumentando anónimamente que lo hicieron porque realmente era “facho lince”; y como William Ospina había ganado tres premios, el creativo caza recompensas, que llamaba William Oscuro a William Ospina, a las orejas y el índice le adicionó el dedo pulgar. Siempre circularon diferentes versiones sobre las causas de sus atentados, pero los hechos fueron suficientes para que los famosos dejaran de pavonearse de conferencia en conferencia. Con el tiempo ningún premiado se aventuraba a salir a la luz pública. Todos permanecían en un profundo anonimato. Por eso, en los foros y congresos se hablaba de las obras por boca de los críticos, no de los propios autores. Los autores se evaporaron, dejaron de existir. Lo único conocido eran sus seudónimos.

CAPÍTULO OCHO

A Eduardo le gustaba asistir a los lanzamientos de sus premios: iba como un espectador más. Con frecuencia soltaba una sonrisa socarrona cuando oía de boca de ilustrados comentaristas las bellezas que se inventaban sus máquinas. Un día, en un foro sobre una de sus últimas novelas premiadas, realizado precisamente en la maldita librería de su edificio, se encontró nuevamente con Marta.

-¿Con que ahora eres escritor?

-No -contestó Eduardo-, vine por curiosidad. Quería saber quiénes son los hijos de puta que no me dejan dormir… ¿Y todavía escribes poesía? -le preguntó.

-La leo de vez en cuando, pero nunca más volví a escribir. No fue por lo que decías: la poesía no me parece sensiblería. Simplemente no me ha vuelto a llegar la musa de la inspiración.

Entonces Marta le preguntó con voz almibarada:

-¿Te gustaría contarme cómo va tu vida?

-¿Me estás invitando a volver a salir? -respondió Eduardo.

-Pues a pesar de tu ataque de histeria cuando te regalé mi librito de poesía y de tener que pagar la cuenta porque te largaste, todavía tengo buenos recuerdos de nuestra amistad. Cómo será, que la nostalgia me ha hecho volver al restaurantico aquél. El Refugio Alpino, ¿verdad?

Eduardo no pudo resistirse al coqueteo. Total, Marta había dejado de escribir poesía. Y en poco tiempo terminaron en la cama.

Sin saber la razón, Eduardo nunca pudo tener una erección. Marta no tenía inconveniente en trivializar el problema: “estás muy tenso, otro día será”. Para las mujeres como Marta, enamoradas del amor, el sexo es completamente secundario. Ciertamente, Eduardo intuía en secreto la causa de su impotencia, pero nunca terminó de prestarle mayor atención. Seguramente el camino sería un psicoanalista y no estaba dispuesto a contarle sus secretos a nadie, máxime si además tendría que pagarle un jurgo de plata.

Eduardo le preguntó a Marta qué novelas había leído últimamente y sin mayor sorpresa constató que conocía todos sus premios. Pero Marta comentó que las novelas le estaban dejando un sabor amargo, sobre todo las que terminaban en el suicidio de los protagonistas. Incluso mencionó una donde un escritor se quita una oreja al verse traicionado por su amante homosexual.

-Ves, para eso sirven las novelas. Para deprimirse, para hacernos creer que la vida es una mierda -le dijo Eduardo.

-No tanto -le contestó Marta un poco insegura-, pero los últimos premios que he leído ciertamente me están quitando las ganas de leer.

Las palabras de Marta lo animaron. Su pretensión de desalentar la lectura de novelas a través de las novelas comenzaba a ser una realidad. Ciertamente todavía quedaban por ahí libros, pero las bibliotecas de las personas comunes y corrientes eran cada vez más y más precarias. Incluso las de muchos profesionales no llegaban a tener más de media docena de ejemplares, que básicamente eran libros de texto. El libro se había ido convirtiendo en una especie de fardo que no podía competir con la televisión ni el internet.

La comunicación entre los jóvenes ya no se da a partir de las extensas cartas de amor: todo son mensajes brevísimos circulando por Facebook y Twitter. Críticos como Lipovetsky afirmaban rotundamente que: “dejar de leer los clásicos no hace a nadie infeliz”. Vivimos en la civilización del espectáculo. Hay que ayudar a morir a la “alta cultura”. Hoy día predominan la imagen y el sonido. Los novelistas están *out*, son unos embaucadores que pronto serán rebasados por las nuevas tecnologías.

Eduardo ya había hecho suficiente. Continuaría ganándose todos los premios e introduciendo en ellos el desencanto por la literatura*.* De otra parte, era consciente de que no podía recoger todos los libros que quedaban, pero sabía que lentamente se irían convirtiendo en un elemento de decoración.

Su estrategia contra la literatura era paradójica: eso de destruir la literatura a través de la literatura parecía cosa de locos. Era similar a la de Marshall McLuhan, que en su libro *El medio es el mensaje* pregonaba la muerte de la cultura impresa a través, precisamente, de un impreso. Pero eran inconsistencias que no invalidaban los resultados.

CAPÍTULO NUEVE

Con la tranquilidad que le daba el deber cumplido, y lleno de dinero ganado con los premios, resolvió poner un último granito de arena en su heroica cruzada: disminuiría significativamente las posibilidades de la existencia de los libros. Para ello se le ocurrieron dos estrategias: arremeter contra los premios mismos y quemar cuanta editorial de libros de literatura se pudiera.

Sobre los premios habría que decir que todos premian a otros (los escritores) para premiarse a sí mismos. En tal costal caben desde las editoriales hasta los príncipes. Obviamente no se escapan las depredadoras de papel que las nutren y que no tienen escrúpulos en arrasar bosques enteros; ni los bancos que financian las depredadoras de papel. Todos los premios promocionados por tan desinteresados entes no son más que publicidad indirecta. Y qué decir de los gobiernos (y Estados) que con proyectos neoliberales lentamente van desfinanciando la educación pública (de colegios y universidades), pero no tienen ningún empacho en crear jugosos premios literarios para lavarse las manos.

Y entonces pensó en su divertimento favorito: el incendio. Ofreció también dinero a quien quemara las bodegas de las editoriales de libros de literatura y los recintos de entrega de los premios. Bastó con la quema de las bodegas de Plaza & Janés para que la inmensa mayoría comenzara a pasarse a libros digitales, lo que redujo exponencialmente el número de lectores. Una prueba irrefutable de la decadencia de lo impreso fue la última historieta de Supermán, donde Clark Kent renuncia al periódico *Daily Planet* cuando su editor anuncia que en adelante el periódico sólo se publicaría en Blogósfera, una versión de internet. Supermán “sale volando” porque su “fachada” se encuentra moribunda. No es gratuito que casi simultáneamente Tina Brown, una de las editoras del *Newsweek*, luego de 80 años de circulación, declarara que el giro impreso/digital había llegado… para quedarse.

Sólo supervivieron las editoriales de garaje donde se editaban unos pocos ejemplares con un manojo de poesías decrépitas. Respecto a la quema de los recintos, lo único que se supo fue lo de los tres autoincendios que fraguaron las mismas editoriales para aumentar su publicidad y de paso cobrar el seguro.

De otra parte, como una cuota simbólica a su última y titánica tarea, Eduardo compraría todos los libros de la estorbosa librería de su edificio y los quemaría. Haría una fiesta en su finca donde, en medio de un potrero, montaría una inmensa fogata que le recordaría las hogueras donde quemaban los herejes en la Santa Inquisición. De esta manera podría repetir el ritual de la quema del *Quijote*. Irían solamente dos invitados: Jaime y Marta.

Bajó, entonces, hasta el primer piso de su edificio y se paró en el centro de la librería que a “ojo de águila” podría tener unos 30.000 volúmenes. Un viejo y encorvado empleado lo atendió.

-Deseo comprar todos los libros -dijo Eduardo-. ¿Cuánto valen?

El librero no terminaba de entender lo que estaba pasando y le preguntó:

-¿Me está usted tomando del pelo?

-No, es en serio. Le doy 600 millones de pesos, pero deben incluirse los libros del sótano y la bodega.

-Déjeme consultar con el dueño -contestó atolondradamente el viejo librero.

Mientras el librero se comunicaba por teléfono, él miraba los libros que se encontraban a su alrededor: los primeros que vio fueron sus propios libros. Uno, dos, tres premios. -¡Mierda! -se dijo a sí mismo-. Quemaré mis propios libros.

Y entonces, desprevenidamente cogió el primer libro que se le atravesó. Increíble, era el *Quijote de la Mancha*, el mismo libro que nunca logró leer más allá de la primera página por culpa de su nefasto profesor de literatura. Y tenía en su carátula el inescrutable grabado de los molinos de viento. Era exacto al que le había comprado su padre. No podía ser una simple coincidencia; era una especie de aparición fantasmal.

No leyó la primera página porque a fuerza de analizar los complementos directos e indirectos se la había aprendido de memoria. Leyó lentamente la segunda y en el mismo instante que la concluyó sintió que todo su cuerpo se estremecía. Pero no fueron sólo algunas partes de su cuerpo, fue todo su cuerpo, lo que se evidenció, entre otras cosas, por la presión que sintió sobre su bragueta.